

La Vanidad Según Leibovitz

Es probablemente la mejor fotografía del mundo. ANNIE LEIBOVITZ ha retratado a actores, reyes, políticos y celebridades desde que comenzó a disparar su cámara hace 40 años. *Vanity Fair* patrocina la exposición 'Vida de un fotógrafo: 1990–2005', que se inaugura en Madrid el 19 de junio y que reúne instantáneas de su pareja Susan Sontag, sus tres hijas, y de muchas de las portadas míticas de nuestra cabecera.

Por RAQUEL PELÁEZ



NICK ROGERS / CONTACT PRESS

EN MI 'BACKSTAGE'

Annie Leibovitz después de una sesión de fotos en Calabassas, California, en el año 2008.

P

or favor, sed muy cuidadosos con las preguntas que le hacéis. No hay nada que le enfade más que tener que repetir cosas que ya ha contado en alguno de sus libros”, me advierten los agentes de Annie Leibovitz antes de nuestra entrevista. Ya se sabe: los genios tienen mal genio. Así que hago mis primeras preguntas algo intimidada. Pero la mujer que me responde es muy amable y, con su característica voz nasal y su meloso deje americano, me describe en pocas palabras *Vida de un fotógrafo, 1990–2005*, la exposición patrocinada por *Vanity Fair* que del 19 de junio al 6 de septiembre se podrá contemplar en PhotoEspaña: “Es una reflexión sobre la vida, la muerte y el amor”. La muestra abarca un periodo de la vida de la fotógrafa muy particular: 15 años en los que mantuvo una relación amorosa con la intelectual americana Susan Sontag —quien falleció víctima de un cáncer después de una larga convalecencia—, tuvo tres hijas, vio morir a su padre e hizo madurar su estilo. Es una exposición muy personal que nos permite acceder a rincones de su intimidad hasta ahora desconocidos.

Anna Lou, *Annie*, Leibovitz (Connecticut, 1949) ha retratado a tantas leyendas a lo largo de su vida que ella misma se ha convertido en una. Lo es de una forma oficiosa por muchas razones: fotografió a John Lennon acurrucado desnudo en postura fetal junto a Yoko Ono la noche antes de su asesinato; siguió a sus *satanicas majestades*, los Rolling Stones, en una gira que casi acaba con ella, puesto que para documentar sus excesos decidió cometer tantos o más que ellos; es autora de las portadas más icónicas de los últimos 40 años, no sólo de revistas —Demi Moore reconoce que aún le preguntan en todas las entrevistas por la inolvidable imagen de su embarazo desnudo—, sino también de discos —el retrato de Springsteen para *Born to run* es suyo— y en su álbum se incluyen las caras de los personajes más relevantes del mundo contemporáneo. De George W. Bush a Barack Obama, de Mijail Baryshnikov a Arnold Schwarzenegger, de Catherine Deneuve a Nicole Kidman, de Plácido Domingo a Penélope Cruz... Además, es un mito oficial porque la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos le ha concedido el título de *Living legend* (leyenda viviente) en un gesto que supone un reconocimiento a toda su carrera. Una carrera que, aunque se prolonga ya cuarenta años, sigue generando controversia. La más reciente, la que protagonizó cuando la mismísima reina de Inglaterra, Isabel II, la escogió para su último retrato oficial. Leibovitz le pidió a la soberana que se quitase la “corona” (primer error: se llama tiara), ya que era demasiado “recargada” (*dressy*), a lo que la Reina respondió airada señalando la corona real: “¿Recargada? ¿Pero tú qué te crees que es esto?”. La prensa bautizó el incidente como el *Tiaragate*.

—¿Llegó a temer en algún momento por la sesión?

—La verdad es que cuando la reina llegó ya vi que algo raro pasaba, porque estaba de un humor muy particular. Se supone >

AQUÍ EMPEZÓ TODO

Cuando en octubre de 2004 se tomó en Chicago esta fotografía de Barack Obama y su mujer Michelle, con sus hijas Sasha y Malia, el ahora presidente de los Estados Unidos aún no había presentado su candidatura.





SEÑORITA
ESCARLATA

Scarlett Johansson, que
vuelve a las pantallas
españolas el 29 de mayo con
Qué les pasa a los hombres,
de Ken Kwapis, posa en
enero de 2005 en el hotel
Chateau Marmont
de Los Ángeles.



GRACIAS, WOODY

Sus vidas se cruzaron en *Vicky Cristina Barcelona* (2008). Y unos meses después, Penélope Cruz ganaba el Oscar a la mejor actriz secundaria precisamente por esa película de Woody Allen. La fotografía se realizó en el hotel Carlyle en Nueva York a principios de este año.



'HER MAJESTY'

La reina Isabel II de Inglaterra posa sin tiara en el salón del Palacio de Buckingham en junio de 2007. Con este retrato quiso conmemorar la visita de seis días a Estados Unidos que realizó ese mismo verano.



HUMOR 'CUM LAUDE'

El cuarteto de humoristas Johan Hill, Paul Rudd, Seth Roger y Jason Segel recrean la portada de *Vanity Fair* en la que el diseñador Tom Ford aparecía junto a las actrices Scarlett Johansson y Keira Knightley. La fotografía, publicada este año, fue realizada en el Estudio 28 de Paramount Pictures Studio Lot, en Los Angeles.



LA SIRENA JOLIE

Angelina Jolie cumplía 30 ese año y ya había ganado un Oscar por *Inocencia interrumpida* (James Mangold, 1999).

Esta imagen se tomó en París en el hotel Ritz, tras el estreno de *Alejandro* de Oliver Stone, en febrero de 2005.



EL DUEÑO
DE LA NOTICIA

El magnate de la comunicación Rupert Murdoch en sus oficinas de News Corporation en Manhattan (Nueva York), leyendo el diario *The Wall Street Journal*, cuya cabecera acababa de adquirir. La fotografía fue tomada en diciembre de 2008.



UNA VIDA EN PORTADA

Vanity Fair consiguió "robarle" a la revista Rolling Stone su fotógrafa estrella a principios de los ochenta con un objetivo: crear algunas de las portadas más icónicas de los últimos treinta años. En este collage, que incluye imágenes tomadas de marzo de 1986 a octubre de 2006, se puede contemplar la evolución de su estilo y un cambio en su punto de vista. No sólo hay dos décadas de distancia, sino también un giro de un estilo conceptual a otro más cinematográfico. Para más información, ver página de créditos.

EL (BABY) BOOM

Esta foto dio la vuelta al mundo. Era agosto de 1991 y Demi Moore, que tenía 29 años, estaba embarazada de siete meses de su hija Scout LaRue. La sesión fue hecha en la casa de la actriz en Los Ángeles.



que sólo tenía 25 minutos para la sesión, pero cuando la vi de ese humor empecé a preocuparme muy seriamente de que fueran sólo cinco. Porque todo puede pasar. . . No es la primera vez que alguien se me va del estudio. Pero muy pronto me di cuenta de su enorme sentido del deber y de que marcharse de la sesión sería lo último que haría. Se entregó al trabajo, se quitó y se puso la tiara dos veces y no se fue hasta que yo dije: “Muchas gracias”. No nos olvidemos de que la reina tiene 80 años, es una venerable ancianita. Imagínate fotografiar a tu abuela. . . A esas edades, la gente es más reacia a las fotos. Y tiene todo el derecho.

—¿Así que para usted fue como fotografiar a una abuelita?
—No, no. No estoy diciendo eso. Sólo digo que hasta cierto punto puedo comprender que a una persona mayor no le entusiasme que le hagan fotos y que con la edad sea más quisquillosa. Yo misma me estoy volviendo más quisquillosa con la edad.

Leibovitz cumple este año sesenta. Toda una vida detrás de la cámara. Esta no es su primera exposición retrospectiva. La primera viajó alrededor del mundo a principios de los años noventa y documentaba su obra gráfica desde sus inicios en la revista *Rolling Stone*, donde hacía reportajes más inmediatos y periodísticos, deudores de la obra de grandes como Robert Frank o Cartier-Bresson, hasta los retratos altamente conceptuales que realizó durante los años ochenta para *Vanity Fair* y que le valieron su consagración definitiva. A diferencia de aquella exposición, ésta, que ya ha estado en Londres, París y Berlín, viene precedida por la polémica. En ella se mezclan sin solución de continuidad imágenes del sufrimien-

“Que la reina de Inglaterra, a su edad, sea algo quisquillosa es normal. Yo también me he vuelto quisquillosa con la edad”

to y la larga enfermedad de Sontag, del nacimiento de sus niñas, del duelo por su padre y de su trabajo para *Vanity Fair* —instantáneas protagonizadas por personalidades—. La decisión de superponer estos ámbitos de su vida le ha valido críticas enconadas del hijo de Sontag, David Rieff, a quien no le ha gustado que trascendieran a la esfera pública las instantánea de su madre agonizante.

En nuestra conversación, directa y sin ambages, Leibovitz deja claro que pensó esta exposición como un acto de amor. También me cuenta que, a pesar de los reconocimientos, ella todavía no está satisfecha con su obra y que, después de exponer su vida privada, quizá ésta sea la última vez que el público pueda acceder a su intimidad. Habla con la tranquilidad y la seguridad de una veterana que contempla el mundo desde la cima. Y aunque su reputación es la de mujer exigente e inflexible, habla también con corazón: el de alguien que, después de un oscuro periodo de luto, saborea la dulzura de una maternidad tardía. Porque el mito es humano. Y las leyendas también sienten.

—¿Por qué decidió mezclar de una forma tan drástica el plano profesional de su vida con el personal?

—Esta exposición y el libro que surge de ella nacieron en un momento muy concreto del que he hablado muchísimo ya, en el que Susan Sontag había muerto, mi padre también había muerto.... Era un momento de muchísima intensidad emocional.

Todo empezó a partir de la idea de hacer un libro homenaje a Susan. Cuando comencé a recopilar imágenes me di cuenta de que nuestras fotos personales tenían un estilo muy cercano al más vivo y descarnado que solía practicar cuando aún era una estudiante en la Escuela de Bellas Artes de San Francisco. Al mismo tiempo me percaté de que mi trabajo profesional había perdido inmediatez y era más superfluo, supongo que porque el tipo de fotos que yo hago para revistas no da la oportunidad de profundizar. Si hubiese incluido solamente mis imágenes profesionales todo lo que yo he querido expresar como fotógrafa a lo largo de mi vida se hubiese quedado muy limitado. Cuando vi que tenía esas otras, de registro personal, me sentí feliz y tuve la necesidad imperiosa de incluirlas, para contar con ellas una historia de amor. En aquel momento decidí que tenía que hacerlo.

—Ya han pasado cuatro años desde entonces. ¿Siente vértigo al echar la vista atrás?

—La verdad es que sí, porque después de todo este tiempo veo que al final he expuesto a mi familia y a mis amigos. Aunque mi familia está muy satisfecha con ello, ¿eh? Ellos están tranquilos. Pero yo, por algún motivo, tengo la sensación, muy fuerte, de que no debería haberlo hecho.

—¿Se arrepiente de haber montado esta exposición?
—Yo siempre he hecho fotos personales. Continúo haciéndolas. En su momento tuvo sentido mostrar esta parte de mí. Pero me he dado cuenta de que me tengo que centrar en hacer mejor mi trabajo editorial.

—Y, ¿cómo puede la que es considerada como mejor fotógrafa del mundo mejorar su trabajo?

—¡Buena pregunta! (risas) Lo cierto es que tengo la sensación de que desde hace tiempo estoy emocionalmente muy desapegada de lo que hago para la prensa y quiero salvar esa distancia. Pero no es nada fácil. El ritmo frenético de esta profesión te impide muchas veces aproximarte de una forma más sincera a lo que haces. Debería tomarme las cosas con mucha más calma, como hacéis en España.

—En el contexto de ese ritmo frenético del que habla surgen nuevos “famosos” prácticamente cada semana. Como fotógrafa oficial de las estrellas, ¿está saturada de tanta *celebrity*?

—No. En absoluto. No se trata simplemente de immortalizar a famosos, sino de retratar a gente que se caracteriza por hacer muy bien lo que hace. Por ejemplo, acabo de fotografiar a los protagonistas de *Mad men*, una serie inspirada en el mundo publicitario de los años cincuenta con un guión absolutamente maravilloso y unos actores excepcionales, a los que admiro y respeto muchísimo.

—¿Cuándo fue la última vez que se sintió intimidada por un personaje?

—¡Uy! ¡Cada día! ¡Todos los días! Lo último que he hecho ha sido a la embajadora de EE UU para las Naciones Unidas, Susan Rice. La sesión fue en la Sala del Consejo de Seguridad y en la Asamblea de la ONU. ¿Te imaginas trabajar en un sitio donde se resuelve la geopolítica mundial? ¡Es algo realmente impactante!

—Pero a estas alturas de su carrera, usted misma es mucho más célebre que muchas de las personas

(CONTINÚA EN LA PÁG. 199)

Annie Leibovitz



(VIENE DE LA PÁG. 159) que retrata. ¿De qué forma influye eso en sus relaciones con los fotografiados?

—Yo no creo que sea una cuestión de si yo soy más famosa o menos. Creo que es más un tema de que soy mayor. Ahora estoy fotografiando a gente mucho más joven, que me mira con cierta admiración y me llama “señora Leibovitz” (risas). Al final, llevar 40 años trabajando te hace ver todo con cierta distancia. No interfiere, pero es complicado.

—¿En qué sentido?

—Pues por un lado quieres ser amable, pero ya eres perro viejo, así que de alguna forma también quieres ser lo más directa posible. Como te he dicho, para mí no perder el tiempo se ha convertido en una preocupación fundamental.

—Pero alguna vez ha dicho que haber tenido hijos la ha hecho más paciente.

—Depende... También quiero gestionar mucho mejor mi tiempo porque quiero estar con las niñas y disfrutar de ellas. Pero sí, es cierto. Ahora tengo más paciencia...

Mal carácter

La leyenda Leibovitz tiene una parte oscura que habla de un carácter endemoniado. En el documental sobre su vida *Life through a lens*, dirigido por su hermana Barbara, se la puede ver en acción durante la sesión que hizo con Jeff Koons, Brice Marden y Keira Knightley para recrear *El Mago de Oz*. El set, en la línea de los reportajes que hace últimamente, parece el rodaje de una superproducción. La composición de la foto incluía a la banda municipal de Penn State, de 50 miembros. Como un maestro de orquesta dirigiendo ese espectáculo está ella, con su pelo alborotado, sus gafas de pasta y sus ropas holgadas. Tiene un aspecto hippy, pero sus gestos nerviosos y su actitud están muy lejos de la filosofía ‘paz y amor’. “¡Necesito dos ventiladores aquí!”, grita, sin dar margen a muchas vacilaciones. Tiene de quién heredar ese temperamento castrense: su padre era un coronel

de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Dado que le cambiaban de destino con alta frecuencia, Leibovitz pasó su infancia viajando a bordo de una ranchera. Y eso, tal y como ella ha explicado en numerosas ocasiones, fue determinante para forjar su vocación de fotógrafa, porque le enseñó a ver el mundo encuadrado dentro de un marco.

Leibovitz y Obama

Después de vivir una temporada en Filipinas, donde el cabeza de familia estaba destacado para servir en la guerra de Vietnam, se mudó a San Francisco en los años setenta. Allí estudió en la escuela de bellas artes y formó parte del movimiento contracultural. Aquella joven pacifista, que trabajaba en la revista *Rolling Stone* es la misma mujer que varias décadas después, siguió con su cámara al candidato Barack Obama durante las primarias.

—Estuvo muy cerca del presidente Obama antes de que llegara a serlo. ¿Qué cualidades vio en él a través de su objetivo?

—Cuando empecé a trabajar con él me

—En este momento de su vida, ¿qué le queda por fotografiar? ¿Un momento histórico? ¿Algún personaje en especial?

—No pienso en esos términos grandilocuentes. En este punto de mi carrera ya no me interesan tanto las fotos individuales como el conjunto de mi obra. Ahora me preocupa gestionar mejor mi tiempo y darle a lo que hago más profundidad emocional.

Sin embargo, hay algo que Leibovitz tenía claro que le quedaba por hacer. A pesar de que se crió en el seno de una familia numerosa de origen judío y creció rodeada de niños, durante muchos años su única familia fue el trabajo. “Cuando me quise dar cuenta, me había olvidado de tener hijos”. En el libro *Vida de un fotógrafo: 1990-2005* relata que, a pesar de que después le apoyaría, al principio su pareja, Susan Sontag, le dijo que ella no se quería implicar en esa aventura. Leibovitz y Sontag se conocieron a finales de los años ochenta, en una sesión para la portada de un libro. Aunque desde el apartamento de una se veía la casa de la otra, no llegaron

“Cuando me quise dar cuenta, me había olvidado de tener hijos”, dice Leibovitz, que tuvo su primera niña con 51 años

llamó la atención lo amable que es. Él y Michelle crean el ambiente para que seas tú misma. No sé cómo lo consiguen, pero son tan espontáneos que te sientes muy cómoda desde el principio. Sin embargo, lo que me pareció más llamativo no fue él mismo, sino los sentimientos que despertaba en el público, su capacidad para inspirar. Eso realmente me emocionó. Había momentos en los que literalmente se me saltaban las lágrimas. Cuando vi las reacciones de la gente me di cuenta de lo importante que era que llegase a ser presidente, aunque yo soy una gran seguidora de Hillary Clinton y para mí hubiese sido lo más grande ver a una mujer llegar a la Casa Blanca.

—Y ahora que ya es presidente, ¿cree que será capaz de hacerlo bien con esta crisis mundial?

—Eso espero... (suspira) Él es fantástico. Un tío muy íntegro, que sabe muy bien cómo aprovechar el tiempo. Aunque no siempre es tan majo, ¿eh? (risas). Lo que creo es que nuestra sociedad estaba caminando sobre la cuerda floja. Hacía falta que llegase una crisis así para equilibrar la balanza.

a vivir juntas. Así que, con 51 años, Annie tomó a solas la decisión más difícil de su vida. Primero vendría la pequeña Sarah, en 2001—en la exposición se pueden ver fotos de Leibovitz, desnuda y embarazada—. Después, en 2005, las gemelas Susan y Samuelle, de una madre de alquiler.

—Con su maternidad tardía, ¿qué mensaje está lanzando a las mujeres?

—Pues no lo sé. Pero el que me gustaría lanzar ahora es que es un trabajo para dos personas así que, por favor: ¡hacedlo antes, y mejor con alguien al lado! (carcajadas).

—Susan Sontag decía que el arte no se debía mezclar con la vida personal, ¿qué piensa de eso?

—Susan era una persona maravillosa junto a la que vivir, aprender, crecer... pero no tenía razón en todo lo que decía. De hecho, yo creo que sus mejores obras son totalmente personales.

—Las niñas tienen mucho protagonismo en la muestra, al igual que Sontag. ¿Cuál cree que sería su verdadera opinión sobre esta exposición?

—No me cabe la menor duda de que estaría muy orgullosa. Aunque ya te lo he dicho: jamás lo volvería a hacer. □